

Forajidos en el propio terreno de la primacía del

trabajo político que debe plantear el Partido.

Hay que dar la máxima prioridad, ya sea de la empresa realizadora o de la realización, de todas las demás tareas y el mismo futuro del Partido.

Toda gestión administrativa o económica ha de estar subordinada por la unidad y el futuro. Esta línea, cuando alguna mayoría o minoría se oponga, se debe imponer por el consenso de la mayoría.

Construir la unidad del Partido

José Sanroma Aldea

En el mundo de las organizaciones, las unidades de trabajo dentro de una misma organización se crean de forma espontánea. El trabajo del individuo y la demostración de su capacidad no le debe hacer ni poder perder y el conocimiento de la cualidad de su trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría. El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

Los factores que determinan la importancia del trabajo son el fortalecimiento de la unidad política y económica de las fuerzas y el trabajo a través de las unidades de trabajo.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

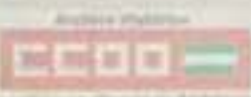
El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

El trabajo es un elemento de unión y de cohesión de la unidad de trabajo. Así como el trabajo es una ofensiva en todos los terrenos políticos, económicos, ideológicos, que en lugar de angustiar a la unidad y de hacer las fuerzas políticas y sociales más pobres sus posibilidades, resulta a favor de la mayoría.

**Informe aprobado en el 2º pleno del C.C. del Partido de los Trabajadores de España
Septiembre del 79**



I

Fortalecer su propia unidad es la primordial tarea política que tiene planteada el Partido.

No es sólo la más urgente, sino la principal, ya que de su concreta realización depende el cumplimiento de todas las demás tareas y el mismo futuro del Partido.

Todo partido auténticamente comunista ha de velar constantemente por su unidad y reforzarla. Esta labor puede ocupar mayores o menores esfuerzos según el periodo concreto que atraviese la construcción del Partido y las circunstancias particulares en las que haya de actuar. En nuestro caso, recién fundado el Partido y como resultado de una fusión, el logro de la más profunda unidad interna ha de ocupar el centro de atención y la dedicación partidista.

En cuanto a las circunstancias particulares de nuestra lucha también revelan la exigencia de cuidar la unidad del Partido, de fortalecerla y elevarla a un nuevo nivel. El tránsito del fascismo a la democracia burguesa no ha debilitado el poder político y económico de la clase dominante; es más, ésta sigue desplegando una ofensiva en todos los terrenos (política, económica, ideológica) que en lugar de empujar a la unidad a todas las fuerzas políticas y sociales que podrían oponérsele, tiende a consolidar la mayoritaria influencia de reformistas y revisionistas por un lado, y por otro al desarrollo de corrientes radicales que son expresión —igual que las anteriores, aunque de forma invertida—, de la negativa a plantear una alternativa global a la situación: al capitalismo en crisis y a la crisis ideológica burguesa.

Tal situación, en la que el Partido no es aún de forma estable sino sólo esporádica un factor influyente en la evolución política, en la que aún ha de ganar prácticamente su papel de representante y jefe político de la clase más avanzada — exige a los miembros del Partido, a todos sin distinción, una enorme confianza en el futuro del Partido, una clara comprensión de las tareas en las que éste logrará su fuerza, un firme convencimiento en que el marxismo superará su propia crisis (que no es de descomposición, sino de desarrollo); y exige, de forma particular a la dirección del Partido, una enorme capacidad para formular precisamente las tareas no sólo del momento, sino históricas que están planteadas hoy día y para aglutinar progresivamente todas, absolutamente todas, las fuerzas que puedan ser movilizadas para su acometimiento.

Así pues, tanto por la fase en la que se encuentra la construcción del Partido como por las circunstancias presentes en las que ha de luchar, la voluntad de fortalecer su unidad de pensamiento y acción, ocupa hoy importancia primordial.

II

Los factores que determinan la importancia del trabajo por el fortalecimiento de la unidad influyen igualmente en las formas y en las tareas a través de las cuales ha de materializarse dicho trabajo.

No pueden abordarse las tareas del fortalecimiento de la unidad del Partido, sino sobre la base del examen de su situación concreta y de las circunstancias principales, externas e internas, que la condicionan. A partir de ahí el deseo de unidad puede ser acompañado de la orientación y de los hechos precisos para ir fortaleciéndola. Los imperativos y formas que imponen a la unidad del Partido, por ejemplo, las condiciones de una guerra civil no pueden ser evidentemente las mismas que cualquier otra situación.

Nuestra situación concreta parte de la unificación de dos partidos. En principio esta unificación ha consistido en una suma. Una suma de dos organizaciones y de sus dos grupos dirigentes. Se ha puesto por delante todo lo que había en común y se han dejado para tratar en el seno de un mismo Partido las diferencias existentes. La existencia de éstas no han sido puestas en duda por nadie. Han tenido su origen, su configuración y su desarrollo en las específicas trayectorias en lo ideológico, lo político y lo organizativo, de los dos viejos partidos. Unas han desaparecido, otras perviven en el nuevo marco y en él pueden ser y han de ser resueltas conforme a la voluntad expresada en los acuerdos de unificación.

Así pues, el trabajo por fortalecer la unidad del Partido de los Trabajadores se encuentra con el hecho de que está compuesto de dos partes, resultado de la suma de dos organizaciones de Partido ya casi integradas formalmente en todos los lugares, y de dos grupos dirigentes que forman mitad por mitad los organismos de dirección del Partido.

Estas dos partes no son fracciones o tendencias organizadas; les falta la voluntad de serlo; les falta el haber sido creadas como tales y les falta una articulación orgánica y una plataforma ideológica-política propias de cada una y formalmente establecidas. En este sentido la unidad del Partido no se encuentra con el problema de estar dividido en dos fracciones que pugnan entre sí por la orientación que haya de tomar el Partido. Pero plantean una problemática específica y compleja, ya que son producto y prolongación inevitable en un primer momento de la existencia de dos partidos (ambos relativamente consolidados) y de la forma concreta en que se ha producido la unificación.

Este es el problema particular e inmediato con el que nos encontramos para lograr el fortalecimiento de la unidad a partir de la fundación del

Partido:

Resolver las contradicciones que se derivan de la existencia de esas dos partes y hacerlo con perspectiva de futuro; no desde el punto de vista y el interés de las partes sino en función del interés y el futuro del nuevo Partido que hoy ya existe.

El método para hacerlo tiene que ser continuación del método que se ha seguido para conseguir la unificación, extrayendo sus enseñanzas y aplicándolo a la nueva situación.

III

La unificación del Partido del Trabajo y de la Organización Revolucionaria de Trabajadores se desarrolló y se logró en un rápido proceso sustentado y acelerado por los acuerdos suscritos por los Comités Centrales de ambos partidos y ratificados en sus respectivos Congresos. El éxito del proceso se logró estableciendo una base común de principios y también, sobre ella, sabiendo llegar a compromisos que dieran salida a los enfrentamientos o/y estancamientos producidos por las diferencias.

El método ha sido el de unidad-crítica-unidad. Hemos partido del deseo de unir al Partido del Trabajo y a ORT, hemos discutido para elaborar las bases ideológicas-políticas y orgánicas del nuevo Partido, hemos puesto por delante lo que había en común, hemos llegado a compromisos en los asuntos en que se mantenían las diferencias, y así hemos avanzado situando la unidad y el trabajo por ella a un nuevo nivel. Así han sido hitos en este proceso el acuerdo de los Comités Centrales de marzo de 1979 y el Congreso de Unificación.

Después de celebrado éste, el trabajo por articular el Partido, por poner en marcha su actividad, por fundir las dos partes, se ha centrado en cuestiones que se presentan formalmente como organizativas (es decir, no vinculadas directamente a la discusión de temas ideológicos o políticos): división de responsabilidades, composición de los organismos de dirección, elección de Secretarios, formación de células, establecimiento de organigrama inicial del Partido, etc., etc.

Esto ha sido así porque habiendo celebrado el Congreso de Unificación el 1 de julio dejamos para después la integración y configuración orgánica. A partir del 1 de julio se presentaba una situación especial: por un lado éramos un sólo Partido; pero por otro, durante un tiempo, teníamos que acometer inicialmente esta tarea como dos partes, dificultando esto objetivamente

la puesta en marcha del Partido y pudiendo haber suscitado preocupaciones entre los militantes.

Hoy, aunque ya se ha realizado en gran medida y satisfactoriamente este trabajo, no se puede decir, sin embargo, que se haya resuelto el problema antes planteado: las contradicciones derivadas de la existencia de dos partes. Se ha revelado lógicamente su persistencia real en el Partido y sus órganos de dirección al distribuir las responsabilidades y las áreas de trabajo.

Las diferencias que han surgido y el proceso en que las hemos resuelto aportan datos y enseñanzas que hemos de aprender. Pero hay que dejar constancia en primer lugar de que el acuerdo final del Comité Ejecutivo del 7 de septiembre y que presentamos a ratificación a este II Pleno del Comité Central es satisfactorio; no sólo en cuanto zanja una situación de estancamiento excesivamente prolongada sino más aún, en cuanto está basada y creo que así puede mostrarse— en el punto de vista del interés mayor y prioritario del Partido: facilitar y acelerar la integración de las dos partes que lo han compuesto, el fortalecimiento de su unidad.

Ahora bien, el fortalecimiento de la unidad del Partido tal y como se nos presenta no es en absoluto un problema organizativo ni puede resolverse por tanto con medidas aplicadas en este plano por importantes que sean. El haber resuelto los problemas organizativos antes aludidos o nuevos que puedan irse planteando no suponen por sí solos el logro del fortalecimiento de la unidad del Partido. Son parte de un todo; esas contradicciones son parte y se integran en el conjunto de contradicciones que se dan en el seno del Partido y éstas son reflejo en buena medida de las contradicciones que se nos presentan en la activación por hacer cumplir al Partido su papel dirigente en la lucha de clases del proletariado.

En consecuencia, el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del Partido, el fortalecimiento de su unidad, tienen que realizarse al compás de las tareas ideológicas y políticas que hoy se le plantean al Partido en la actual situación histórica.

Fortalecer la unidad del Partido, elevándola a un nuevo nivel, por tanto, nos exige afrontar la crisis del marxismo, dando desde él respuesta a los problemas de la revolución socialista hoy; nos exige el acometimiento de las tareas políticas, tácticas y estratégicas; nos exige construir el tipo de Partido capaz de impulsarlas.

¿En qué consiste hoy elevar a un nuevo nivel la unidad del Partido? Es a mi juicio, la pregunta clave que hay que contestar. Y la respuesta es fácil y cae por su propio peso. Hoy el problema interno principal e inmediato radica en la persisten-

cia - real ya que no formal-- de dos grupos dirigentes en unos mismos órganos de dirección y la persistencia, en un mismo Partido, de la suma de dos partes que se configuraron históricamente de forma separada. En consecuencia lograr un nuevo nivel de unidad, fortaleciéndola, consiste hoy en fundir los dos grupos de dirigentes y las dos partes en una sola. En este proceso se desarrollarán las condiciones para una más efectiva centralización y para una mejor democracia; así se concentrarán más ampliamente las ideas correctas, se asegurará la actuación unida del Partido, y la democracia cumplirá también su papel de reforzar la disciplina, combatividad y cohesión del Partido.

El proceso en el que se logre ese objetivo de fundir las dos partes puede ser más o menos largo y atravesar las vicisitudes más diversas, exigirá resolver las contradicciones que se derivan de la existencia tal cual hoy son —con sus propias características— las dos partes que integran el Partido.

El Comité Central valora de forma muy positiva las dificultades superadas y la unidad alcanzada hasta el momento que sitúa al Partido ya en una unidad organizativa que va a permitir avanzar mucho más rápidamente en la unificación del Partido en todos los terrenos.

Una vez alcanzado dicho objetivo no desaparecerán las contradicciones internas aunque se presentarán de forma distinta y actuarán en otro contexto; el Partido habrá aprendido en la escuela de la práctica y se habrá forjado en el correcto tratamiento de sus problemas internos.

IV

Decía que en principio la unificación del Partido del Trabajo y de la Organización Revolucionaria de Trabajadores ha sido una suma. Sin embargo la verdadera dimensión histórica de este paso decisivo se materializará con una multiplicación. Una multiplicación que se producirá con el hecho de la fusión ideológica, política y orgánica y con ello la desaparición real de las dos partes que han integrado el Partido y su dirección—.

Partimos de la voluntad de que así sea y de una base común (plasmada en las Bases Ideológicas y Políticas y Estatutos) que lo hace posible. Para lograrlo no se trata de sumar un poco de aquí y quitar un poco de allá. Es imprescindible forjar el nuevo Partido, hacer que todo él y su dirección se embarquen con entusiasmo en el acometimiento de las tareas que la actual encrucijada histórica —por la situación general y la de

nuestro propio Partido— nos ha colocado en el orden del día a los comunistas.

Atender a la solución de las contradicciones internas en el seno del Partido es el acompañamiento necesario para impulsar la actividad externa. Y hay que afrontar dichas contradicciones partiendo de la situación interna real en la que se desenvuelven. Reconocerla tal cual es, plantearla clara y abiertamente en todo el Partido para que todos los camaradas la enjuicien y participen en su solución, formular colectivamente una correcta línea para su tratamiento es síntoma de confianza en la capacidad del Partido para superarla y lograr un nuevo nivel de unidad.

Por ello considero muy positivo que este II Comité Central aborde este tema y pueda trazar una clara orientación ideológica en torno al mismo que sirva a todo el Partido, ayudándole a tomar las medidas prácticas en función del criterio de principios establecidos.

Abordando este punto del orden del día demostraremos que sabemos forjar una voluntad única y desarrollar la unidad de pensamiento y acción cada vez más profunda que el Partido necesita.

V

El examen de las circunstancias externas que influyen sobre el Partido nos ayuda también a orientarnos en el tratamiento a dar a los problemas concernientes a su unidad. Si nos fijamos en las principales tenemos que señalar las siguientes: en primer lugar el Partido aún no ha aglutinado en torno a sí a la clase obrera lo suficiente como para ser el factor determinante de la lucha política que está llamado a ser. Esta tarea se nos presenta en un momento en que comienzan a primar los factores de disgregación y división en las filas de la clase y el movimiento obrero, que se enfrenta a una ofensiva en todos los terrenos de la clase dominante, y que sufre la influencia aún mayoritaria de reformistas y revisionistas que debilitan su capacidad de resistencia y que le impiden forjarse una conciencia de ofensiva, de portadores de una alternativa global.

La clase dominante no sólo procura descargar sobre la clase obrera los efectos de la crisis económica sino también se esfuerza —con diversos métodos e innumerables medios— por integrar a las clases oprimidas y explotadas en el maremagnum de la descomposición y la crisis de la ideología burguesa. Pretende además —y en esta pretensión consigue logros pasajeros aprovechando las derrotas históricas del movimiento obrero

y revolucionario (triunfo del revisionismo moderno, restauración del capitalismo en la URSS)— que se borre la esperanza en la revolución, en el socialismo y el comunismo.

En esta situación el Partido tiene que ser en la lucha política un factor de unidad y en el terreno ideológico un factor que forje la conciencia de la clase obrera como clase de vanguardia capaz de revolucionar la situación. Así podrá el Partido aglutinar y educar a toda la vanguardia y ganar progresivamente a la mayoría de la clase obrera y de las masas. Y esto tiene que hacerlo a contracorriente de las tendencias hoy más influyentes sobre nuestra clase. Sólo un Partido unido, un Partido con fuerza creciente, con vigor ideológico, un Partido que no se anule en sus propias contradicciones internas, puede hacer frente con posibilidades de éxito a tal empeño.

En segundo lugar, el Partido encarna una alternativa para la transformación revolucionaria de la sociedad hasta llegar al comunismo; por ello está enfrentado al revisionismo. El origen y la formación de nuestro Partido viene a cubrir el vacío dejado por el paso del PCE a las filas del revisionismo moderno. Al Congreso de Unificación hemos llegado tras un largo proceso en que los comunistas hemos estado luchando por levantar el Partido Único de los marxistas-leninistas. En un largo proceso en el que el revisionismo se ha beneficiado de la división de los esfuerzos que se hacían por lograrlo. Se comprende fácilmente por qué Santiago Carrillo ha sido el mayor detractor de la unificación entre el Partido del Trabajo y la Organización Revolucionaria de Trabajadores. La calificó como de "puramente oportunista" y de "electoralista". Pero en realidad le preocupaba y le preocupa más, mucho más, que los votos que pudiéramos arrebatarse al PCE en la pasada contienda electoral. Le preocupa que el Partido resultante de la unificación sea capaz de derrotar el oportunismo político y la claudicación ideológica que él y su partido representan hoy día. Ha podido comprobar que los dos partidos hubiéramos conquistado posiciones parlamentarias por el simple hecho de presentarnos unidos en las pasadas elecciones. Y ahora, sabe que, aunque no tengamos representación parlamentaria, habiendo agrupado las fuerzas en un sólo partido, podemos plantearle y ganarle importantes batallas en todos los frentes. El revisionismo se va a ver obligado y nos va a forzar a librarlas. Difícilmente su aspiración podrá ser que el Partido de los Trabajadores se integre en el PCE. Su labor irá en el sentido de fomentar la división en nuestro seno, de fomentar contradicciones a todos los niveles, incluso entre la base y la dirección del Partido (ya hicieron un llamamiento semioficial desde Nuestra Bandera a que

los militantes "honrados" que quieran hacer una aportación a la construcción del partido revolucionario, la hagan ingresando en el PCE y defendiendo en él "todas" sus ideas, separándose del proyecto de construir el partido que necesita la clase obrera a partir de la unificación ORT-PTE). Su fuerza en ciertos terrenos ha radicado en nuestra división y disgregación.

El avance del marxismo-leninismo frente al revisionismo está ligado pues al fortalecimiento de la unidad del Partido como alternativa histórica al revisionismo para recuperar el terreno perdido en las filas y la conciencia de la clase obrera, para afrontar con posibilidades de éxito la lucha por el triunfo de la revolución socialista.

En conclusión, estas circunstancias externas, presentes en la lucha política actual, actuarán indefectiblemente sobre el Partido, se reflejarán en el seno del Partido, se manifestarán en nuestras contradicciones internas. Y siempre en un mismo sentido, en una dirección: Favorecer la disgregación ideológica, el seguidismo político y el escisionismo organizativo.

El Partido de los Trabajadores ya tiene suficiente fuerza y entidad como para que la acción de estas circunstancias sobre él no puedan limitarse a convertirlo en un partido marginal y de los marginales. El Partido de los Trabajadores es una apuesta mucho más fuerte que la de un grupo testimonialista; sólo si preso del dogmatismo y el infantilismo político no abordáramos las tareas que corresponden al momento histórico no seríamos enemigos para nadie; nuestro Partido ha surgido de dos organizaciones de dos partidos sumamente activos con intensa participación en la vida política del país, y el Partido de los Trabajadores va a tenerla más aún. Sólo disgregándolo ideológicamente, sólo fragmentando su capacidad orgánica se le puede impedir convertirse en un factor político de primera importancia.

La burguesía, y particularmente el revisionismo, pretenderán por tanto tres cosas. Primero, que se desarrolle, configure, e incluso se organice una tendencia ideológica próxima al revisionismo que políticamente seguiría sus pasos o alimentaría las posiciones del nacionalismo pequeño burgués. En cualquier caso, sería la negación de la alternativa marxista-leninista.

Segundo, que en el Partido se desarrolle una tendencia que, presa del dogmatismo, le convierta en una fuerza política sectaria, incapaz de dar solución a los problemas que hoy nos plantea nuestro tiempo.

Tercero, y a más corto plazo, que el Partido se enfrasque en una lucha interna que paralizara o esterilizara su avance político y su acción externa, desacreditándolo como opción política ante

el pueblo. No ha sido por casualidad que ante la unificación los revisionistas no sólo hayan intentado fomentar y aprovechar nuestras contradicciones, hayan propiciado infundios y usado diversos trucos para favorecer el sectarismo de los militantes del Partido del Trabajo frente a los de la ORT y viceversa. No será casualidad que —cuando puedan con el menor motivo en medio de la lucha política— tras la unión, nos empujen a esa lucha interna. No se trata de una labor de agentes sino de los efectos que puede tener en el Partido la lucha política, en la que nos enfrentamos con la burguesía y el revisionismo.

Estos tres factores van a operar sobre nuestro Partido. Y lo van a hacer en la situación concreta de hoy, a través por tanto del hecho que he venido señalando con reiteración anteriormente: la existencia de dos partes, sin fronteras legales pero sí reales que vamos a ir borrando progresivamente, y cuanto más rápido mejor, a todos los niveles.

¿Cómo podría materializarse una influencia decisivamente negativa sobre el Partido, en las circunstancias externas descritas más arriba?

Sencillamente con la aparición del fraccionalismo en las filas del Partido.

¿Qué peligro existe en tanto no logremos la fusión completa que nos hemos propuesto como objetivo?

El peligro, aún cuando cada vez sea menor, de desencadenamiento de una lucha por el poder (que se produciría casi inevitablemente en cuanto el Partido se dividiera en fracciones). Cuyo resultado sería con toda probabilidad la escisión del Partido.

Para combatir este peligro no se trata tanto de especular sobre sus dimensiones sino de forjar una unidad de voluntad frente a él y de crear las condiciones para evitarlo, para superarlo.

Se trata de que impulsemos una dinámica en que todas nuestras contradicciones las tratemos como lo que son: contradicciones en el seno del pueblo. Se trata de no pretender imponer una parte del Partido sobre la otra; se trata de fundirlas y de lograr con ello que el Partido de los Trabajadores sea no una continuación mecánica del Partido del Trabajo o de la ORT sino la superación de ambos que recoja por tanto las aportaciones más valiosas que uno y otro Partido hayan realizado.

Debemos por tanto, en cuanto aparezca y en la medida en que lo haga, oponernos al fraccionalismo y a la lucha por el poder en el seno del Partido.

Lenin definía la fracción en el seno de un Partido como "grupo de hombres unidos por la comunidad de ideas creado con el objetivo primor-

dial de influir sobre el Partido en determinada dirección, con el objetivo de aplicar en el Partido sus propios principios en la forma más pura posible"* y el fraccionalismo de la forma siguiente: "La formación de grupos con una plataforma especial y con la tendencia a aislarse hasta cierto punto y crear su propia disciplina"*** y también así: "Unidad nominal (de palabra todos son un sólo Partido) y fragmentación real (en realidad, todos esos grupos son independientes y entablan entre sí negociaciones y estipulan acuerdos como potencias soberanas)"****.

El fraccionalismo puede tomar hoy como base para su aparición la persistencia de las dos partes que han integrado el Partido y sus órganos de dirección. Por esto, para impedir que se de el fraccionalismo en el Partido hay que trabajar ininterrumpidamente por la fusión de esas dos partes. Y para fundir (completamente) esas dos partes hay que empezar oponiéndose a su configuración como dos fracciones.

¿Qué supone esto? Que la comunidad de ideas que podía existir en los dos viejos partidos, en sus dos direcciones, no debe transformarse en la creación de dos plataformas ideológicas y políticas especiales ni debe legitimar la perduración de dos "potencias soberanas", de dos poderes, con su propia disciplina.

La existencia de fracciones en el Partido, el fraccionalismo, ha sido rechazado por los comunistas, que aprendieron de la experiencia histórica de los partidos socialdemócratas que la unidad de voluntad tiene que excluir todo fraccionalismo y toda división de poderes dentro del Partido. Lenin en las condiciones de un Partido en que había fraccionalismo distinguía lo que se exigía a la "unidad de la fracción", y a la "unidad del Partido". Sólo a la primera se le exigía la "comunidad de ideas" mientras que en el Partido podía haber —como de hecho había dada la existencia de fracciones— "toda una gama de matices de opinión, cuyos extremos pueden incluso estar en aguda contradicción entre sí". ****

* Conferencia de la Redacción de "Proletari", año 1909

** Intervención de Lenin ante el X Congreso del Partido Comunista de Rusia (b) Año 1921.

*** "Acerca de la violación de la unidad... Sobre el fraccionalismo". Año 1919.

**** Conferencia de la Redacción de "Proletari" Año 1909.

En el momento actual es peligroso conciliar con todo lo que pudiera ayudar a que en nuestro Partido se formasen dos fracciones que se disputasen el "influir sobre el Partido" en determinada dirección. Esto fácilmente podría llevar a la lucha por la dominación, al antagonismo de autoridades, incompatibles con el centralismo democrático. El principio de organización del Partido no podría funcionar, y así ya nadie podría controlar la dinámica que se desatara en el seno del Partido.

En consecuencia debemos propiciar una comunidad de ideas que borre las antiguas fronteras. No por la vía de la conciliación sino de la lucha ideológica activa y de la práctica política que forja la unidad del Partido. Hoy a la unidad del Partido —en el que no caben fracciones— le pedimos lo que Lenin en otras condiciones le pedía a la "unidad de fracción", sin excluir que en el Partido quepan, por supuesto, matices de opinión; y, por tanto, sin excluir que de hecho se formen corrientes de opinión sobre las que debemos actuar para evitar que se transformen en tendencias organizadas, en fracciones.

El fraccionalismo lleva aparejado como dije anteriormente el peligro del desencadenamiento de una lucha por el poder a lo que también nos oponemos.

La lucha por el poder en el Partido sólo cabe cuando hay que resolver contradicciones internas del Partido que se han hecho antagónicas. Su justificación está en función de un antagonismo existente en el seno del Partido. Hoy en nuestro Partido no existe tal antagonismo, aunque haya contradicciones y luchas por tanto. No hay cosa alguna que esté libre de contradicciones. Las contradicciones son en el seno del pueblo y como tal hay que tratarlas. Tenemos una base ideológica y política marxista-leninista común a todo el Partido; y el Partido se rige por el principio del centralismo democrático.

Desencadenar una lucha por el poder es contrarrevolucionario y aventurero. Sólo puede llevar al Partido a la desmoralización y a la división. Las diferencias existentes dentro de los límites de esa base ideológica y política común no justifican en modo alguno la lucha por el poder. ¿Para qué nos habríamos unido entonces?

Y aún cuando —como es inevitable— en el transcurso de la actividad por desarrollar esa base ideológica-política común surjan diferencias (que pueden o no ser continuación y profundización de las anteriores según los diversos problemas a que se refieran), debemos tratar las contradicciones que ellas originen como contradicciones en el seno del pueblo y evitar que se conviertan en antagónicas, y evitar las luchas fraccionalistas por el poder. El surgimiento de opiniones incluso antagónicas no equivale a que las

contradicciones internas tomen directamente el mismo carácter.

Lo anterior no equivale a dar el mismo valor a las opiniones correctas que a las erróneas: hay que hacer que dominen las primeras. En un proceso que sin duda también contribuirá a forjar, a renovar, a mejorar, el grupo dirigente del Partido a través de su participación en la lucha ideológica. Durante el último tiempo (y también como parte de los acuerdos que fueron ratificados por el Congreso de Unificación) hemos discutido incesantemente —y a diversos niveles del Partido— en lo relativo a la composición de los organismos de dirección y nombramiento de responsabilidades en su seno ¿Ha sido esto acaso una completa e injustificable manifestación de lucha por el poder? No. En absoluto. Ha sido sencillamente una inevitable tarea que había que realizar: distribuir el poder entre las dos partes que han formado el Partido y los cuadros dirigentes que aportaban ambas; **distribuirlo en el seno de unos únicos organismos de dirección.** Esta distribución del poder ha de zanjar una situación pasada. De las discusiones que hemos mantenido hemos sacado la enseñanza de que ahora hay que conseguir que esa distribución no se confunda con una división del poder ni sirva para provocarla. Queremos un sólo poder en el Partido, una sólo dirección, ejercidos colectivamente a través de los organismos dirigentes únicos que hemos creado. Y para lograrlo tenemos que fundir los dos grupos dirigentes y no enfrascarlos en una lucha por el poder, que anularía la capacidad del Partido.

Nos hemos guiado en la distribución del poder por el criterio de que contribuya también a fundir más rápidamente a las dos organizaciones y a los dos grupos dirigentes. Por tanto debemos evitar que dicha distribución sea convertida en una plataforma organizativa para promover irresponsablemente una lucha por el poder.

Los dirigentes del Partido tenemos una gran responsabilidad en esto. Debemos hacer actuar al Partido de acuerdo a la línea ideológica y política establecida y debemos facilitar a todos los camaradas que ejerzan sobre nosotros vigilancia revolucionaria para que no nos apartemos de nuestra responsabilidad: conducir al Partido en breve plazo a lograr la presencia que puede tener en la lucha de clases de nuestro país.

La constatación del hecho de que el Partido se ha formado con la suma de dos partes, el señalamiento de los riesgos que ello comporta, y la solución propuesta de fundir estrechamente a las dos partes.

La propuesta de fundir estrechamente a las dos partes cuya suma ha formado el Partido como solución a los riesgos que ello comporta no se basa sólo en un interés a corto plazo del Parti-

do. Se basa en la misma naturaleza marxista-leninista del Partido que queremos construir.

El Partido marxista-leninista no puede admitir ser algo heterogéneo integrado por partes de naturaleza esencialmente distinta. Las que hoy existen no lo son pero para evitar que puedan llegar a serlo, para asegurar el carácter marxista-leninista del Partido, hay que fundirlas, elevando así la unidad del Partido al nivel nuevo que queremos.

TRES VIAS PARA AVANZAR EN LA UNIDAD DEL PARTIDO

En primer lugar la vía de la elaboración teórica. El importante salto en el terreno organizativo que logramos con la Unificación ha de ir acompañado para consolidarse y tomar nueva dimensión de un salto en los terrenos ideológico y político, cuyo requisito es una elaboración cada vez más completa y armónica de las respuestas que el Partido da a los problemas de toda índole con los que se encuentra. Como ya se ha dicho, en la hora de redactar las Bases Ideológicas y Políticas y los Estatutos, no se sobrepasó el nivel de las formulaciones que uno u otro partido habíamos hecho con anterioridad. Además en algunos temas la vía del compromiso fue necesaria para llegar a una redacción común o sencillamente se excluyó desarrollar en profundidad problemáticas en cuyo punto de partida ya existían diferencias notables. Sin excluir que la vía de compromiso, una vez establecida una base común de principios, haya sido usada y lo siga siendo no sólo por nuestro Partido sino por los partidos comunistas en general, es preciso señalar que tales compromisos no deben convertirse en esterilizadores de la discusión, en paralizadores de la elaboración teórica. Deben ser parte de un proceso dinámico en el que hay que combinar la progresiva elevación de la homogeneidad del Partido y la acción ininterrumpida en su práctica política, por encima de las diferencias de opinión.

Necesitamos por tanto una lucha ideológica activa, que estimulará la elevación del nivel teórico del Partido, contribuyendo así prácticamente a su unidad, ya que dicha elevación permite la fusión más profunda de las partes que han integrado el Partido.

Lograr una comunidad más amplia de ideas en el conjunto del Partido es necesario para la unidad.

En segundo lugar la vía de la actuación políti-

ca. Si el Partido no es activo políticamente no logrará avanzar en su unidad. Pero el Partido de los Trabajadores sólo puede profundizar y consolidar su unidad en cuanto partido marxista-leninista, en cuanto Partido de la clase obrera de España. Por lo tanto sólo lo hará poniendo en pie la estrategia y la táctica que corresponde a su misión histórica de realizar la revolución socialista en una España multinacional, en la que son dominantes las relaciones de producción del Capital Monopolista de Estado en el último cuarto de siglo, y que está privada de una buena parte de su soberanía e independencia.

El Partido de los Trabajadores logra en ese camino afirmarse como el representante político de la clase obrera única y multinacional de España. Una clase obrera unificada frente al capitalismo monopolista, y capaz de conducir a la victoria frente al imperialismo recuperando la plena independencia de España. Una clase obrera multinacional parte integrante cada una de los diversos pueblos de España, aglutinante político y físico de los mismos, única capaz de unir estrechamente su lucha para conseguir la victoria revolucionaria, y de garantizar con ella el reconocimiento y ejercicio del derecho de autodeterminación.

Esta estrategia y táctica son objetivamente distintas a las del reformismo y el revisionismo y a la del nacionalismo pequeñoburgués independentista en sus vertientes reformista o pseudorrevolucionaria; y así aparece también no sólo en la lucha sino también en la colaboración que el Partido establece con dichas fuerzas.

En consecuencia el Partido no sólo como organización y como ideología sino también como corriente política debe estar perfectamente delimitado de unos y otros. En esta precisa delimitación está la base de su unidad como Partido y sólo a partir de ella se puede lograr el papel dirigente para la clase obrera en medio de todos los pactos que sean precisos. No hacerla es el preludio de la disgregación y división del Partido o de su conversión en apéndice del revisionismo o el nacionalismo pequeño burgués.

En tercer lugar, la vía del funcionamiento del centralismo democrático. La participación de todo el Partido para el logro de la unidad es imprescindible. Por ello el potenciamiento del centralismo democrático, como principio de organización que permite desplegar la iniciativa y la actividad de todos los miembros del Partido, constituye esa vía para la unidad, para la fusión de las dos partes que hoy componen el Partido. Esta no es sólo tarea o responsabilidad de los dirigentes del Partido sino de todos sus miembros. El centralismo democrático crea las condiciones para que la participación de todos pueda ma-

terializarse. Es sabido que el centralismo democrático no dicta unas normas invariables de funcionamiento y que éstas cambian en función de los cambios en la situación política. De igual modo también puede ponerse el acento en unos u otros aspectos del funcionamiento del centralismo democrático en función de la situación particular que atraviesa el Partido. Hoy debemos, en consecuencia hacer hincapié en todo aquello que mejor oriente la participación de todos en la línea de lograr lo más rápidamente posible la fusión completa y desaparición de las dos partes del Partido.

(Digamos de pasada que una vez logrado esto habrá que orientarla en el sentido de que en el trabajo de los militantes en distintos ámbitos —sindical, teórico, nacional, feminista, etc— se integre en un todo de acuerdo a la estrategia del Partido y evite la hipertrofia de unas actividades, la atrofia de otras, desequilibrando la actividad del conjunto del Partido).

En función de lo anterior examinaremos algunos aspectos sobre la vida y el funcionamiento interno del Partido.

LA LUCHA IDEOLÓGICA

La lucha ideológica activa es siempre un arma propia de los partidos comunistas para forjar su unidad. A través de ella se va librando al partido de la inevitable influencia en su seno de la ideología burguesa; a través de ella se conecta ideológicamente a los miembros del Partido, se logra la homogeneidad y se forja la unidad de voluntad propia del partido de la clase obrera; unidad de voluntad que constituye los cimientos de la más segura unidad de acción.

En la situación actual del Partido la lucha ideológica contribuirá a potenciar el clima más propicio para favorecer la vía de la elaboración teórica y a desarrollar la comunidad de ideas de las dos partes; desarrollo necesario para ir borrando fronteras, y para forjar la unidad de voluntad del Partido por encima de las partes. Unidad de voluntad que no se conseguirá por el mero deseo ni por votaciones sino por medio de la lucha ideológica activa.

Su contribución a la unidad del Partido consistirá en primer lugar, en lograr que éste incorpore al compás de su práctica política las experiencias positivas de los antiguos partidos y deseché las negativas; en una labor que no tiene que ser reconstrucción del pasado sino aportación de sus enseñanzas a la solución de los problemas tal como hoy se nos presentan. Segundo: Favorecer al desarrollo de la línea ideológica y política del Partido sobre las bases establecidas en el Congre-

so de Unificación, forjando una profunda unidad ideológica y homogeneidad política, imprescindible para sustentar la unidad de acción. Con ambas cosas el espíritu de Partido saldrá fortalecido y el sectarismo debilitado.

Al usar el arma de la lucha ideológica activa ahora deberíamos subrayar las siguientes condiciones. **Una**, que sea una lucha ideológica franca, con clara expresión de las ideas que están en litigio; con voluntad integradora de las diversas aportaciones; con valentía para señalar el antagonismo, cuando aparezca, en las ideas que se confrontan. **Dos** que sea una lucha ideológica enfocada a la unidad del Partido, a la elevación de su nivel teórico, a la mejor selección de los dirigentes del Partido, y que no sea una cobertura hipócrita para justificar una lucha por el poder que divida al Partido. **Tres**, que en ella participen todos los camaradas; lo que exige, el potenciamiento del debate (clarificación de los términos y clima necesario). **Cuatro**, que la lucha ideológica abarque a todos los aspectos y terrenos (desde por ejemplo, las raíces y naturaleza de la crisis del marxismo hasta la discusión en torno a las obligaciones de la militancia en el Partido); que acompañe a toda la actividad del Partido por ampliar sus tareas.

Por ello el esfuerzo por cuidar la unidad ideológico-política y lograr la homogeneidad ante cada nueva situación, es imprescindible para un partido marxista-leninista y al mismo tiempo es no sólo compatible sino que requiere, para fructificar, la lucha ideológica activa; los comunistas sabemos que "la verdad se desarrolla a través del debate entre puntos de vista divergentes". El revisionismo rechaza ésta y la sustituye por la más completa "libertad de opiniones", sea cual sea su naturaleza de clase, dentro del Partido y el derecho de éstas a influir sobre el mismo. En función de ello suprime la base teórico-filosófica del Partido y en base a lo mismo afirma haber superado la teoría del "monolitismo" del Partido. En realidad, caen en la antigua concepción que sustentaba a los partidos socialdemócratas.

El Partido de los Trabajadores de España —tratando de asimilar la experiencia histórica de los partidos comunistas, comprendiendo por tanto también las causas y naturaleza de sus errores (relativos también a un funcionamiento interno que favoreció el ascenso al poder en su seno del revisionismo)— debe sustentar su actitud en la concepción leninista del Partido a lo largo de su vida.

EL METODO DE UNIDAD-CRITICA-UNIDAD

En "El Tratamiento correcto de las Contradicciones" Mao Zedong escribe "En 1942 sinteti-

zamos este método democrático de resolver las contradicciones en el seno del Partido en la fórmula 'unidad-crítica-unidad', que, expresada en forma detallada significa partir del deseo de unidad, resolver las contradicciones a través de la crítica o la lucha y alcanzar una base nueva. Según nuestra experiencia este es el método correcto para resolver las contradicciones en el seno del pueblo. En 1942 lo empleamos para resolver las contradicciones dentro del Partido Comunista. O sea, las contradicciones entre los dogmáticos y la gran masa de militantes del Partido. Entre las ideas dogmáticas y las marxistas. Con anterioridad a esto, los dogmáticos izquierdistas 'Habían empleado en la lucha interna del Partido el método de la lucha despiadada y golpes implacables'. Este método era erróneo. Cuando criticamos el dogmatismo de 'izquierdas' no aplicamos este viejo método, sino uno nuevo, que consiste en partir del deseo de unidad, distinguir entre lo correcto y lo erróneo a través de la crítica o la lucha y alcanzar una nueva unidad sobre una base nueva".

En mi opinión Mao Zedong ha hecho una aportación decisiva a la concepción leninista del Partido, que contribuye en muchos aspectos a superar teórica y prácticamente los errores cometidos por la Internacional Comunista en sus relaciones con los partidos que la componían y ciertos planteamientos unilaterales y mecanicistas del propio Stalin. Esa aportación se condensa en la fórmula unidad-crítica-unidad, sintetizada precisamente en un momento de lucha frente a quienes representaban el Partido Comunista de China en la Internacional Comunista y, ciertos errores de ésta respecto a la Revolución China en aquella etapa (ceder el papel dirigente al Guomindang).

El Partido debe aplicar este método a la solución de nuestras contradicciones internas. Este método está expuesto en las Obras de Mao Zedong y en ellas debemos estudiarlo y aprenderlo pensando en aplicarlo a nuestra situación concreta.

En este mes se celebra el tercer aniversario de su muerte. Pienso que este II Pleno del Comité Central honrando su memoria y como homenaje de todo el Partido debería promover el estudio del V Tomo de sus Obras Escogidas, particularmente de los textos —muchos de sumo interés— en el que Mao expone este método y muestra como el Partido lo aplica en diversos casos.

Es problemático hacer en este informe, un breve resumen de dicho método, en lo que más puede aportarnos.

En todo caso, sí quisiera dejar constancia de algo que me parece esencial para nosotros tal como lo expone el propio Mao Zedong:

"La aplicación de este método requiere ante

todo partir del deseo de unidad. Pues, si subjetivamente no existe tal deseo, apenas se inicie la lucha se armará un embrollo difícil de desenredar. ¿Acaso no equivaldría esto a aquello de 'lucha despiadada y golpes implacables'? Y entonces, ¿De qué unidad del Partido podría hablarse?"

El método unidad-crítica-unidad incluye también la lucha; y la crítica y la autocrítica, como armas para mejorar el Partido. Una lucha con el fin de ayudar, una crítica que no sólo señala los errores sino que ayuda a superarlos. Ahora bien, la crítica y la autocrítica solo pueden funcionar en la medida en que también funcione correctamente el centralismo democrático.

LA DEMOCRACIA

Comenzar por la democracia para reforzar el centralismo es un método correcto. Antes señale que para impulsar la unidad del Partido es imprescindible la participación de todos los camaradas. ¿Cómo vamos a fundir las dos partes sin participación de todos que, casi sin excepción procedemos de una u otra? Y la participación requiere democracia en el Partido de los Trabajadores de España.

Esta responsabilidad de todo el Partido no excluye, no limita la específica que corresponde a los dirigentes del Partido, a los Organismos de Dirección. Es complementaria y en el peor de los casos (si surgen contradicciones antagónicas en el seno de la dirección que no pueden resolverse por métodos no antagónicos) la garantía de que el Partido saldrá lo menos dañado posible y conservará la unidad del grueso de sus filas.

Así pues la democracia en el Partido, la democracia que deben exigir y practicar los militantes no es sólo un derecho que tienen en el Partido y ante la dirección del Partido. Es mucho más que eso en estos momentos: es una obligación que tienen con el Partido para contribuir a lograr hoy una unidad más profunda y garantizar su mantenimiento. De ahí la trascendental importancia que debemos dar a la militancia activa en el Partido, a la educación como auténticos comunistas a todos los miembros del Partido.

Esta es la democracia que necesitamos, la que conlleva, como decía Luckás "La superación de la separación entre derechos y deberes". Una democracia que sea participación en la vida del Partido; desechando el formalismo y el individualismo burgués. Una democracia que sirva a la unidad y la combatividad y la cohesión del Partido. Una democracia que no hace como el reformismo o el anarquismo un falso ensalzamiento del militante considerando que "la soberanía política está en el militante" o que "la libertad del militante es el fundamento de la democracia": la

“soberanía” está en el Partido, en el Congreso, en los Comités de Dirección, en las células. Y el fundamento de la democracia que sirve al Partido y no al individuo o al grupo es su derecho y su deber a poder participar realmente en la marcha del Partido, en todas las tareas del Partido, concebidas no como tareas específicas sino como totalidad, como parte de un todo. Por ello la apelación al “voto” como método “verdaderamente democrático” puede ser a veces un engaño demagógico a los militantes, si no se inserta en el proceso en que se forja la voluntad única del Partido y de sus organismos.

Sin potenciar la democracia difícilmente se podrá asegurar que funcionen bien los principios disciplinarios del centralismo democrático (supeditación de la minoría a la mayoría, del militante a la organización, del nivel inferior al superior, de todo el Partido al Comité Central) y que contribuyan al fortalecimiento del espíritu del Partido y no a su contrario, el sectarismo de parte.

El ejercicio de la democracia en el seno de los órganos de dirección del Partido desde el Congreso hasta el Comité del nivel inferior también es de gran importancia. Más decisiva cuanto más alto sea su nivel. Así por ejemplo, un Congreso sin democracia destruiría la unidad del Partido; o un Comité Central sin democracia distorsionaría la vida interna de todo el Partido.

Las discusiones para la formación de los Comités de Dirección y atribución de responsabilidades han sido prolongadas. La espera a que se han visto obligados los camaradas del Partido ha provocado un justo descontento o incluso interpretaciones erróneas, que podían provocar un desentenderse de un asunto tan importante para el Partido. Y que finalmente ha sido bien resuelto en lo fundamental. Pienso que ahora, al informar del mismo, no deberíamos limitarnos a la información escueta, sino al sentido que ha tenido, a lo que queremos lograr con ello, a los criterios en que se sustenta y a los objetivos que quiere cubrir. De esta forma lograríamos que todo el Partido vea como una cosa suya este asunto y no como un asunto que sólo interesara a los dirigentes del Partido aunque hayamos tenido que tratarlo específicamente y resolverlo nosotros.

Esto, dicho sea de paso, responde a una línea de trabajo que a mi juicio ha de seguir el Comité Central del Partido: hacer una información y explicación de su actividad a todo el Partido que sirva para que todos los militantes se puedan sentir interesados en la marcha del conjunto del Partido y no sólo (aunque no lo quisieran así) en el ámbito de su actividad (sindical, teórica, organizativa, etc).

Si el Comité Central del Partido explica que

los acuerdos para distribuir las responsabilidades sirven a la integración de las dos partes del Partido y no han sido una mera disputa de los dirigentes al margen del interés del Partido, no sólo crecerá el prestigio del Comité Central —por haber resuelto este en la práctica nada fácil problema— sino que además daremos medios y confianza a todos los camaradas para que trabajen con ahínco, para que tomen sus responsabilidades en lograr la unidad que necesitamos.

LA CENTRALIZACION

La centralización constituye el aspecto más destacado del partido de nuevo tipo, del partido leninista frente a los viejos partidos socialdemócratas. La centralización constituía el aspecto decisivo para la suerte de la acción del partido.

No en vano los Partidos comunistas surgían como partidos para la lucha contra el poder frente a los partidos socialdemócratas inútiles para tal empresa. Y en el momento supremo de la lucha de clases la centralización podía cumplir su decisivo papel junto a la disciplina “casi militar” de todo el Partido, forjada en un largo e intenso proceso que Lenin describe al comienzo de “El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”.

En un proceso en el que —como Mao Zedong mostraría en 1962—, Centralismo, “significa ante todo concentrar las ideas correctas”, sobre cuya base se puede “lograr la unificación de la comprensión, la política, el plan, el comando y la acción” a lo que se llama “centralización y unificación”.

La democracia, la lucha ideológica servirá sin duda a impulsar la “concentración de ideas correctas” que necesitamos para ir fundiendo a las dos partes del Partido. Al compás de la superación de la divergencia de opiniones podremos profundizar el Centralismo; aumentar la capacidad del Partido y de sus organismos dirigentes para trazarse planes conjuntos, para llevar a cabo las directrices con la mejor comprensión, rapidez y unidad por todos los miembros del Partido.

Un centralismo así necesitamos que impregne y que oriente toda la actividad del Partido y cuanto más lo haga más rápidamente las partes que hoy lo integran se habrán fundido inseparablemente.

Un centralismo que permita una unificación que no malgaste ni enfrente esfuerzos y una distribución de trabajo eficaz que no sea fragmentar la actividad del Partido ni dejarla marchar sin rumbo, sin timón, sometida a los vaivenes y a los

tiras y aflojas de cada camarada que tenga una responsabilidad, de cada Secretaría que tenga asignada área determinada. Centralismo que requiere la autonomía de decisión de los comités en sus respectivos ámbitos.

LA UNIDAD DE ACCION, EL ESPIRITU DE PARTIDO Y LOS PRINCIPIOS DISCIPLINARIOS DEL CENTRALISMO DEMOCRATICO

El cumplimiento de los principios disciplinarios del Centralismo Democrático no sólo contribuye a forjar (en algunos momentos de manera muy especial) el espíritu de Partido. Además supone una verdadera prueba de fuego del espíritu de Partido; y de qué grado ha alcanzado la unidad en su seno.

Tales principios deben ser aplicados en todas condiciones por el Partido. Pero su aplicación será tanto más beneficiosa cuanto más tenga en cuenta la situación concreta en que se hace. Si toma como punto de referencia el logro de la más completa unidad de acción podemos deducir fácilmente lo siguiente: Primero, que la decisión de la mayoría será tanto más efectiva generalmente cuanto más mayoría sea, y cuanto más democráticamente se haya tomado; Segundo, que la supeditación del Comité inferior al superior será tanto más provechosa cuanto más comprensible sea la directriz o la política emanada del nivel superior, cuanto más integrada esté en la política general del Partido o en el Plan de Trabajo de que cada Comité se dote; Tercero, que la supeditación del militante a la organización discurrirá en su cauce natural cuanto más haya contribuido la unificación del Partido del Trabajo y de la Organización Revolucionaria de Trabajadores y el proceso de la unidad interna del Partido de los Trabajadores de España a revitalizar el entusiasmo revolucionario en todos los camaradas.

LOS COMITES DE DIRECCION

Los Comités de Dirección están integrados por camaradas procedentes de los dos partidos. Los Comités superiores tienen incluso una composición paritaria de ellos. Esto constituye una buena medida para la más rápida integración de los grupos y cuadros dirigentes, tanto más cuanto expresa la voluntad y crea un clima favorable a ello. Sin embargo es evidente que esta medida

por si misma no puede resolver el problema. Más aún cuando es casi inevitable que, dada su composición y el papel que tienen que cumplir, se produzcan en su seno contradicciones, opiniones divergentes, luchas. Los Comités para cumplir con su papel han de discutir, elaborar ideas y tomar decisiones.

En nuestros Comités no debe haber una paz sin principios que fomente el espíritu burocrático y que —a la larga— facilita que las contradicciones se hayan transformado en antagónicas y se desencadenen repentinamente. Tampoco debe haber una "guerra" sin principios, convirtiéndose en parlamentos inútiles no hechos para entenderse sino para paralizar la acción.

Los Comités deben saber combinar bien la lucha ideológica activa, la toma de decisiones para que haya una continua profundización de la unidad de voluntad, que incluye la unidad ideológico política, la unidad de pensamiento y fundamenta la unidad de acción.

En este sentido todo miembro de un Comité de Dirección a cualquier nivel, ante cualquier debate, ha de mantener una actitud comunista, es decir, ha de colocarse ante la obligación de crearse un criterio propio al margen de todo prejuicio, de toda posición seguidista y espíritu de grupo, exponiendo y debatiendo francamente las posiciones sustentadas.

El Secretario del Comité siendo un igual al resto de componentes del Comité tiene especial responsabilidad en asegurar la dirección colectiva. Y para ello es preciso que encuentre la colaboración de todos los camaradas que estén al frente de Secretarías para que las actividades de éstas no se separen del plan global, no se "independicen" arbitrariamente y se conviertan en "reinos de taifa". Un Comité dirigido de forma personalista, individual, por el Secretario es compatible con que cada Secretaría se convierta en un pequeño "reino de taifa". Ambas cosas hay que evitar.

De inmediato una vez hemos llegado a acuerdos sobre su composición, tras largas y difíciles discusiones, es imprescindible reanimar la voluntad unitaria y el espíritu de trabajo; evitando que se desarrolle sectarismo como fruto de una discusión que ya ha sido satisfactoriamente cubierta en su conjunto.

Creo que es necesario que los Comités hagan esfuerzos por aparecer unidos ante las organizaciones que dirigen. No me refiero a la unanimidad de las decisiones, ni al monolitismo de las opiniones, sino a su capacidad de pensar y de actuar unidos. Lo contrario producirá sin duda descontento en la base del Partido, alimentará la lucha interna y el fraccionalismo y también en ciertos sectores hará cundir la desmoralización.

Hay sectores de masas que están a la expectativa de ver en qué para la unidad del Partido del Trabajo y la Organización Revolucionaria de Trabajadores para tomar una opción. Y creo que esto se refleja también en las filas del Partido.

Tenemos la obligación de alimentar el entusiasmo, la confianza que hemos puesto en el futuro del Partido de los Trabajadores, con los hechos que vayan mejorando su presencia.

LA MILITANCIA EN EL PARTIDO

Unas breves líneas para resumir algo que ya ha quedado recogido creo a lo largo de este informe.

La participación de todos los camaradas es capital para lograr la más profunda unidad del Partido. Aumentar la actividad de los miembros del Partido en relación a las mismas tareas internas y aumentar el número de camaradas que sean cuadros es garantía del presente y del futuro del Partido como Partido marxista-leninista capaz de ganar la clase obrera y el papel dirigente.

Hay que atender por tanto a su formación ideológica y política como una de las tareas fundamentales.

CAMARADAS:

La discusión que tengamos en este II Pleno considero que es muy provechosa para todo el Partido y para que todo el Partido participe en ella. Reconocer abiertamente los problemas es la primera manifestación de una voluntad dispuesta a resolverlos. Trazar una justa línea para poner manos a la obra es ya andar la mitad del camino.

Para finalizar hago una propuesta a este Comité Central: Que encargue al Comité Ejecutivo el estudio de la conveniencia de elaborar (así como el modo de hacerlo) un Plan de Trabajo.

La elaboración de este Plan jugaría un papel muy importante para realizar una serie de tareas que aceleraría la fusión de los dos grupos dirigentes. Y su puesta en práctica también serviría a que todo el Partido lograra una orientación y aprovechamiento mejor de los esfuerzos que todo él, sus organizaciones y los camaradas, realizan.

Septiembre 1979
José Sanroma Aldea